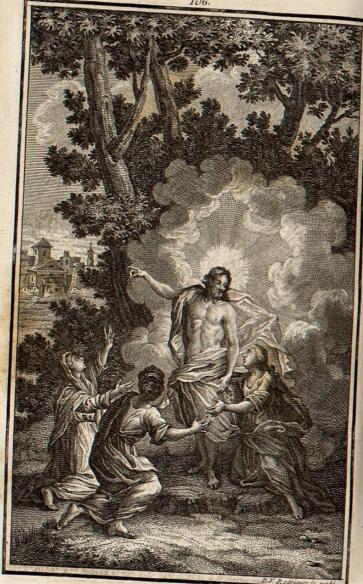
muertos; vueltos algun tanto en sí, aunque todavía muy aturdidos, huyeron, y medio muertos fueron á contar ingenuamente al sumo sacerdote y á los magistrados todo lo que habia sucedido y todo lo que habian visto, hasta tas menores circunstancias. Añade el Evangelista, que en el momento de la resurreccion del Salvador muchos sepulcros se abrieron, y resucitaron un gran número de cuerpos de santos, como para servir al triunfo de Jesucristo, que salia victorioso de aquellos lugares subterráneos, despues de haber dado la libertad á tantos ilustres esclavos.

Entre tanto llegaron las santas mujeres, las cuales quedaron muy sorprendidas de no encontrar alli los guardas, y ver quitada la piedra y el sepulcro abierto, sin encontrar despues de haber entrado en él el cuerpo adorable de Jesus. María Magdalena, afligida hasta el último grado, volvió inmediatamente con gran prisa á Jerusalen, y llena de desconsuelo dijo á los apostoles, que el sepulcro estaba abierto, y que ella no habia encontrado allí el cuerpo de su buen Maestro. Las otras mujeres, habiendo permanecido cerca del sepulcro, no sabian qué partido tomar. Cuando en esta perplejidad razonaban ellas entre si, descubrieron dos ángeles en forma humana, rodeados de una claridad celestial; uno de los cuales las dijo: «Mujeres, no temais; yo sé que buscais á Jesus Nazareno, que fué crucificado; resucitó ya, no está aquí: venid á ver el lugar en donde le habian puesto; pero id inmediatamente á decir á sus discípulos, y á Pedro principalmente, y á los demás, que irá delante de ellos á Galilea, y que allí le verán despacio, como se lo habia prometido.» Poseidas las santas mujeres de un dulce asombro, mezclado de gozo y de admiracion, se volvieron á la ciudad sin pensar mas que en lo que habian visto.

S. LXIII. 1100 Animaryahina an

Aparicion de Jesucristo a Magdalena y á las otras santas mujeres.

Mientras que pasaba todo esto en el sepulcro, habiendo Magdalena encontrado á S. Pedro y á S. Juan, les dijo que habian robado el cuerpo de su buen Maestro del sepulcro; y no sé, añadió llorando, qué se ha hecho de él; y apenas dijo esto volvió al lugar de la sepultura. Pedro y Juan fueron tambien allá á toda prisa; habiendo llegado Juan el primero, y habiéndose bajado para registrar en lo interior, vió los lienzos en que habia sido envuelto el cuerpo, que estaban en tierra. Habiendo entonces



llegado Pedro, entró en el sepulcro y Juan despues de él ; y vieron además de los lienzos el sudario doblado en un rincon, lo cual les hizo creer que habia sido en efecto robado el cuerpo de su Maestro, segun acababa de decirles Magdalena, sin pensar en lo que el Salvador les habia dicho tantas veces, que resucitaria al tercer dia despues de su muerte; así que, se volvieron con el corazon oprimido de dolor. Pero Magdalena, á la que nada podia consolar, no se movió, resuelta á adquirir noticias á cualquiera precio que fuese; y habiendo vuelto otra vez à registrar el sepulcro, vió en él los dos ángeles, que la dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras? — Porque han robado de aquí á mi Señor, les dio ella, y no sé donde le han puesto, » Habiéndose inmediatamente vuelto, vió à Jesus en pié, que la dijo: «¿ Por qué lloras?; qué buscas?» No le conoció; pero teniéndole por el hortelano de aquel huerto en donde estaba el sepulcro: «¡Ay! le dijo, hazme el favor, si tú has llevado el cuerpo de mi buen Maestro, de decirme en donde lo has puesto, y vo me lo llevaré. » Entonces Jesus, llamándola por su nombre, la dijo: María. Apenas oyó esta palabra le miró, y habiendo reconocido que era el mismo Jesus: Ah, mi buen Muestro! esclamó, y arrojándose á sus pies quiso abrazarlos; mas el Salvador se lo impidio, porque Magdalena, dice S. Leon, creia entonces que Jesucristo habia resucitado como Lázaro, para vivir en adelante en la tierra como habia vivido hasta su muerte, y que solo habia vuelto á tomar su cuerpo pasible y mortal como antes. Su fe no era todavía acendrada: dijola, pues, Jesus: «No trates de tocarme, pues que aun no he subido á mi Padre (Joan. 10.); pero á toda prisa ve á buscar de mi parte á mis discípulos, que ahora llamo mis hermanos, v diles que vo subiré de aquí algunos dias al cielo, cerca de mi Padre, que es tambien el

No es fácil esplicar cual fué entonces la alegría de aquella fiel amante; partió en el momento para llevar la noticia á todos los discípulos, y habiéndose juntado en el camino á sus compañeras que se volvian tristes á Jerusalen, las dijo que Jesus habia resucitado, que ella le habia visto, y tenia órden de llevar la noticia á todos los discípulos. Contaba ella todas estas cosas con un trasporte de alegría tal, que demostraba á las claras que decia verdad, cuando en esto se apareció el Salvador á todas juntas. Penetradas todas de regocijo y de admiracion, se echaron á sus pies y le adoraron. Habiéndolas mandado Jesus que fuesen inmediatamente á ver á los discípulos para contarles lo que habian visto, desapareció; y ellas, sin perder tiempo, fueron á

decir á los discípulos que estaban reunidos que habian visto á Jesucristo resucitado, y les refirieron todo cuanto las habia mandado que les dijesen. Como siempre cuesta trabajo creer lo que mas se desea, habiendo oido los discípulos todo lo que las santas mujeres les contaban, no las creyeron, y las trataron de visionarias.

Debe notarse que en todas estas apariciones de Jesucristo resucitado, y en las siguientes, no se ha hablado de la santísima Vírgen su madre; porque está fuera de toda duda que en el momento que el Hijo de Dios resucitó apareció á su querida Madre, que perfectamente instruida de todo lo que debia suceder, esperaba tranquilamente en su retiro el momento dichoso en que su gozo debia ser lleno. Lo fué en efecto viendo la primera á su querido Hijo resucitado, glorioso y triunfante, y en adelante impasible. La santísima Vírgen no tuvo órden de publicar la primera esta gloriosa resurreccion, porque hubiera podido aparecer sospechosa. Si el Evangelio no dice palabra acerca de esto, es porque no debia referir mas que las apariciones hechas á los que no estaban instruidos de este gran misterio, que dudaban, y que estaban destinados á anunciarle á toda la tierra.

Entre tanto toda la sinagoga estaba furiosamente sobresaltada por lo que los soldados, testigos oculares de todo lo que habia pasado en el sepulcro, contaban acerca de esta maravillosa resurreccion. Despues de muchas reuniones, los sacerdotes y los magistrados convinieron en dar á los soldados una gruesa suma de dinero, para obligarles á que dijesen por todas partes, que habiéndose dormido, habian venido secretamente sus discípulos durante la noche, y habian robado el cuerpo. Jamás se vió un efugio mas miserable; sin embargo por mas grosera que fuese esta impostura, no dejó de esparcirse entre el populacho, aunque muy pocos fueron tan simples que se diesen por satisfechos con ella. En esecto, ¿qué verosimilitud tenia que hombres tan tímidos como los discípulos de Jesucristo se hubiesen atrevido á forzar un cuerpo de guardia, romper el sello del príncipe ó del magistrado, echar á rodar una piedra de un peso enorme, llevar furtivamente un cuerpo, y todo esto en medio de una compañía de soldados dormidos, sin que ninguno se despertase? Mas aun; si todos los soldados del cuerpo de guardia se han dormido en el ejercicio de sus funciones militares, ¿ qué castigo se les ha impuesto por una falta que entre los judíos, como entre todos los pueblos del universo, es imperdonable?; puede imaginarse cosa mas grosera? Ni aun se salva la similitud. Pilato, aunque pagano, fué mas sincero en la relacion que envió al emperador Tiberio de todo lo que habia pasado, sin omitir que se tenia por cierto el que Jesus habia resucitado; lo cual hace decir á Tertuliano que este gentil habla en esta relacion como lo hubiera hecho un verdadero fiel.

S. LXIV. Late and la parol

all a settlement of #9 a

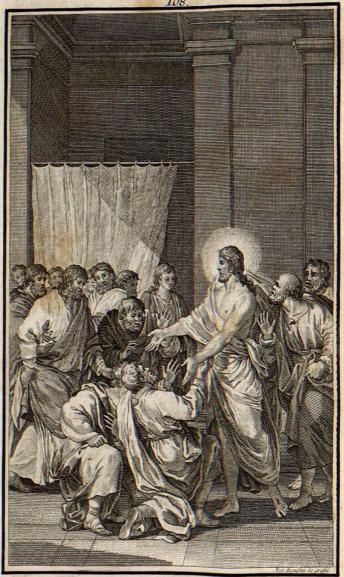
Aparece Jesucristo resucitado á los dos discípulos que iban á Emmaus, á S. Pedro, á todos los discípulos juntos, y despues á Sto. Tomás. (Joan. 24.)

El mismo dià de la resurreccion del Salvador, que era al otro dia del sábado, y por consiguiente el primero de la semana, dos de los discipulos partieron de Jerusalen á la caida de la tarde para irse á Emmaus, que era un castillo distante dos leguas cortas de la capital. Iban hablando por el camino, y Jesus, bajo de la figura de un estranjero, se juntó á ellos, y les dijo: «¿ Podré preguntaros cual es el asunto de vuestra conversacion, y en qué consiste que segun aparece estais tristes?» Respondióle uno de ellos, llamado Cleofas: «Yo creo que serás tú el único de todos los estranjeros que estaban en Jerusalen, que ignore lo que ha pasado allí estos dias. — Pues ¿que es? les dijo. — ¿Que? repuso Cleofas, cómo, ¿ no sabes lo que ha sucedido con Jesus Nazareno, que era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios, y delante de todo el pueblo, á quien los principes de los sacerdotes y nuestros magistrados han entregado para que fuese condenado á muerte, y le han crucificado? Esperábamos nosotros, segun que él mismo nos lo habia hecho esperar, que seria el libertador de Israél; con todo esto, hace ya tres días que todas estas cosas han pasado, y su promesa no se verifica. Es verdad que algunas mujeres de las que pertenecen à nuestra compañía, han venido á decirnos que ciertamente habia resucitado: ellas han ido al amanecer al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo en él, nos han asegurado que habian visto allí ángeles que decian que estaba vivo. Algunos de nosotros han ido al sepulcro, y han hallado cierto lo que decian las mujeres; mas por lo que hace á él, no le han encontrado.»

Entonces Jesus, que les habia estado escuchando sin decir palabra, tomando un tono de maestro, les reprendió con dulzura, sin embargo, por su poca fe. «Gentes sin conocimiento, les dijo, y duros para creer en todo lo que han dicho los profetas: ¿ no era necesario que el Cristo padeciese de esta suerte, y por este camino entrase en su gloria?» En seguida poniéndose à hablar

de Moisés y de todos los profetas, les esplicó todo cuanto decia relacion á él en todas las Escrituras. Entre tanto llegaron al castillo adonde iban, y Jesus hizo ademan de querer pasar adelante; mas ellos le estrecharon à que se quedase con ellos, porque ya era tarde, y Jesus se rindió á sus ruegos. Estando con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, esto es, lo consagró, y habiéndolo partido se lo presentó. Abriéronse entonces sus ojos, y le conocieron, mas en el momento desapareció de su vista. A vista de esto, dijéronse el uno al otro: «Es Jesus: ¿y es posible que háyamos estado tanto tiempo sin conocerle? ¿No es verdad que sentíamos nuestro corazon abrasado cuando nos hablaba en el camino, y nos esplicaba las Escrituras?» Y levantándose inmediatamente de la mesa, se volvieron con toda diligencia à Jerusalen. Encontraron á los apóstoles y los discípulos reunidos, los cuales viéndoles entrar les dijeron con trasportes de alegría : «El Señor ha resucitado verdaderamente, y no hay ya que dudar de ello, porque ha aparecido á Pedro. - Y ¿ á quién hablais de eso? respondieron nuestros dos viajeros, tambien nos ha aparecido á nosotros; hemos estado mas de una hora hablando con él, nos ha dicho las cosas mas bellas del mundo tocante á su pasion, su muerte y su resurreccion, anunciadas por Moisés y los profetas, de los que nos ha dado una inteligencia clara; sin embargo. nuestros ojos estaban como fascinados, y no le hemos conocido hasta que ha partido el pan.»

Aun estaban hablando cuando Jesus apareció en medio de ellos, diciéndoles: «La paz sea con vosotros; yo soy, no temais. (Luc. 24.)» Por dulce y agradable que fuese esta visita tan poco esperada, se sorprendieron de tal modo los discípulos, que creian ver un fantasma, ó á lo menos un espíritu revestido de un cuerpo supuesto, porque ignorando todavía las cualidades de un cuerpo resucitado, no comprendian como habia podido entrar estando cerradas todas las puertas. Tranquilizóles el Salvador: «¿ Por qué dais lugar á esos pensamientos? les dijo; mirad mis manos y mis pies, yo soy; palpadme, y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que tengo yo;» y dicho esto, les enseñó sus manos y sus pies con las cicatrices. Mas como en el estremo de gozo de que estaban poseidos apenas podian creer aun lo que veian (tan fuera de sí estaban de la alegría y de la admiracion) les dijo: «¿Teneis alguna cosa que comer?» y ellos le presentaron un pez asado, y un panal de miel. Habiendo comido en su presencia, tomó lo que quedaba y se lo dió; despues les dijo: «Vosotros veis ahora el cumplimiento de lo que vo os decia cuando estaba todavía con vos-



otros, que era necesario que todo lo que se ha escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos, se cumpliese.» Despues de haber comido en su presencia, no porque tuviese ya necesidad de alimento, sino para disipar todas sus dudas, y para convencer á todos sus discípulos con pruebas las mas sensibles que era él mismo y no un fantasma, y que habia resucitado verdaderamente, les dijo segunda vez: «La paz sea con vosotros;» y añadió: «Como mi Padre me ha enviado á mí, así os envio yo tambien (Joan. 10.);» despues de lo cual sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; aquellos á quienes hubiereis perdonado los pecados, les serán perdonados, y aquellos á quienes no se los perdonareis, no les serán perdonados.»

Tomás no estaba con los demás apóstoles, cuando Jesus se dejó ver de ellos en el modo que acabamos de referir; por esto cuando volvió, le dijeron enajenados de alegría que habian visto al Señor, mas él no queria creer nada de esto, por mas que le dijeron todas las circunstancias: «Si vo no veo en sus manos, respondió, la abertura que han hecho los clavos, si no meto el dedo en la hendidura de los clavos, y la mano en su costado, yo nada creeré.» Esta especie de incredulidad procedia mas bien. á lo que parece, de un deseo demasiado ardiente de que esto fuese así, que de una desconfianza tenaz de que pudiese ser. Cuando se desea alguna cosa con ardor, se cree con dificultad todo lo que se nos dice de ella, y queremos convencernos por nosotros mismos. Sea lo que quiera, el Hijo de Dios, que hacia servir todas estas incredulidades para establecer la fe de su resurreccion, no quiso abandonar à aquel Apóstol à su infidelidad; por esto, ocho dias despues, estando tambien juntos sus discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, entró allí Jesus, estando las puertas cerradas, se colocó en medio de ellos, y les saludó diciendoles: «La paz sea con vosotros.» Despues dirigiéndose à Tomás: «Acércate, le dijo, discípulo incrédulo: mete aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado: asegurate de todos modos de la verdad, de la realidad de mi resurrección, y no seas ya incrédulo, sino fiel.» Penetrado entonces Tomás de gozo mezclado de confusion, y animado de un amor ardiente y de una fe viva, postrándose á sus pies, esclamó: ¡ Señor mio, y Dios mio! Díjole entonces Jesus: «Tomás, tú no has querido fiarte del testimonio que vo te habia dado estando aun con vosotros, ni de el de tus hermanos despues de mi resurreccion; tú has querido convencerte por tus propios sentidos; ahora has creido porque has visto y tocado: Bienaventuralos los que no han visto y han creido.» La dificultad que

Sto. Tomás tuvo en creer la resurreccion de Jesucristo, sobre el testimonio de los discípulos, no carece de misterio. Como la resurreccion de Jesucristo es, por decirlo así, la base de toda la religion, Dios ha querido que tuviésemos de ella todas las seguridades imaginables, hasta las mas sensibles; y por esto se ha dejado ver con tanta frecuencia, se ha dejado tocar, ha comido, ha conversado familiarmente con sus discípulos por espacio de cuarenta dias. La incredulidad de Sto. Tomás, dicen los santos Padres, nos ha servido mas que la fe sencilla y pronta de los demás discípulos: cuando uno quiere convencerse de un hecho hasta por pruebas sensibles, no puede ser acusado de haber creido con demasiada ligereza.

VIDA DE N. S. JESUCRISTO.

des requirement ab sound S. LXV.bom is un solls and roy of bis.

Pesca milagrosa; Jesus confia sus ovejas à S. Pedro, é instruye à los apóstoles. (Joan. 21.)

Habiendo mandado el Salvador á sus apóstoles que se volviesen á Galilea, se fueron allá inmediatamente, y Jesus se les manifestó

allí en muchas ocasiones

Estando un dia Pedro con Tomás, Santiago, Juan, Natanael y otros dos, les dijo Pedro que iba á pescar; acompañáronle todos, y entrando en una barca echaron la red en el agua, pero nada cogieron en toda la noche. Presentóse Jesus por la mañana en la orilla, sin que los discípulos supiesen que era él. Díjoles entonces: «Hijos, ¿ no teneis nada que comer? - No, le respondieron. - Echad la red del lado derecho de la barca, les dijo el Salvador, y encontraréis pesca;» echáronla y no la podian sacar, tantos eran los peces que habia en ella. Entonces el discipulo á quien Jesus amaba, dijo á Pedro: El Señor es; tomó inmediatamente Pedro sus vestidos que se habia desnudado para pescar, y lleno de impaciencia para reunirse à su buen Maestro se echó al agua para salirle al encuentro. Los demás vinieron con la barca travendo la red que estaba llena de peces. Habiéndola sacado á tierra, se hallaron en ella ciento cincuenta y tres gruesos peces, y aunque era tanta la pesca, no se rompió la red. Habiendo bajado á la ribera, hallaron en ella carbones encendidos, pescado asándose, y un pan. Díjoles Jesus: «Traed tambien del pescado que acabais de sacar, y venid á comer:» y él mismo les dió del pan y del pez para que comiesen. Despues de haber comido, dijo Jesus a Pedro: «Simon, hijo de Juan, ¿ me amas tú mas que todos estos? - Sí, Señor, le respondió, tú sabes que vo te amo, » Dijole entonces Jesus: Apacienta mis corderos. Un momento despues le dijo otra vez: «Simon, hijo de Juan . me amas? - Sí. Señor, respondió Pedro, tú sabes hien que vo te amo. - Apacienta, pues, mis corderos, » le dijo de nuevo el Salvador. En fin, preguntóle por tercera vez, si le amaha verdaderamente. Entonces Pedro, afligido de que Jesus aparentase dudar de su ardiente amor á él : «; Eh! Señor, respondió con un tono como incomodado, tú que conoces todas las cosas, sabes bien que vo te amo con todo mi corazon.» Habiendo hecho el Salvador reparar así á su Apóstol, por este triple testimonio de su amor la falta que habia cometido negándole tres veces, le confió públicamente el cuidado de sus ovejas; esto es, de las almas, diciendole de nuevo: Apacienta no solo mis corderos, sino tambien mis ovejas. Por este orden reiterado que el Salvador dió à S. Pedro en presencia de los demás apóstoles de apacentar á sus corderos y tambien á sus ovejas, le declaró desde entonces su vicario en la tierra y el pastor universal de su rebaño; pero le dió á conocer al mismo tiempo que este honor le costaria caro, puesto que seria menester que diese su vida por el rebaño, cuva conducción se le confiaba, y le anunció que moriria en la cruz. X

Despues de esto mandó Jesus á Pedro que le siguiese, y habiendo éste vuelto su rostro atrás, vió á Juan que le seguia: «Y éste, Señor, dijo á Jesus, ¿qué será de él?» Jesus reprimió su curiosidad, enseñándole que no debia inquietarse por lo que sucederia á los demás. «Si vo quiero que él permanezca así hasta que vo venga, le dijo, ; qué te importa á tí?» Esta fué la séptima aparicion pública del Salvador. Mostróse tambien poco despues á mas de quinientos discípulos que se hallaban juntos, de los cuales vivian todavía muchos cuando S. Pablo escribia su primera carta á los corintios, esto es, veinte años despues; y S. Mateo añade que entonces fué cuando Jesus les dijo: «Se me ha conferido un poder absoluto en el cielo y en la tierra: id. pues, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he prescrito. En cuanto á mí, les añadió, aun cuando muy pronto deba ya subir al cielo, vo estoy con vosotros en todo tiempo hasta la consumacion de los siglos.» Y entonces dió, dicen los Padres y los intérpretes, una nueva confirmacion de la seguridad de su presencia real sobre nuestros altares en la divina Eucaristía, igualmente que de la seguridad de su asistencia siempre presente en su Iglesia hasta el fin de los tiempos.

El Hijo de Dios se apareció todavía diversas veces à sus apóstoles durante los cuarenta dias que permaneció en la tierra despues de su resurreccion; y se les aparecia de este modo, dice S. Lucas (Luc. 24.), para asegurarles por medio de repetidas pruebas sensibles que estaba vivo, y para hablar con ellos del reino de Dios. Como les habia destinado para llamar à los hombres con su predicacion à la posesion de este reino, les dió las instrucciones necesarias para que dignamente desempeñasen esta funcion; esplicóles todo cuanto se habia dicho de él en la ley de Moisés, en los libros de los Profetas y en los Salmos; y les hizo ver que era necesario, segun que estaba escrito, que el Cristo hubiese sufrido la muerte y todas las ignominias de su pasion, y que resucitase al tercero dia, como habia sucedido.

En estas apariciones frecuentes y familiares era cuando Jesucristo instruia á sus apóstoles en los principales misterios de la religion, en las grandes verdades de la salud, y cuando les formaba el plan de su Iglesia. Dábales entonces una idea justa de la disciplina; esplicábales los sacramentos que habia instituido y los que entonces instituyó, el modo de ofrecer el divino sacrificio, y toda la moral cristiana, hasta tanto que el Espíritu Santo, que les prometió enviarles, les comunicase una inteligencia perfecta de todo lo que les habia enseñado, queriendo que el Espíritu Santo, tercera persona de la santísima Trinidad, fuese quien diese la última mano, por decirlo así, á su obra.

S. LXVI.

Ascension gloriosa de nuestro Señor Jesucristo.

Diez dias antes de la fiesta de Pentecostes, esto es, el cuadragésimo despues de su resurreccion, habiendo el divino Salvador reunido en Jerusalen á todos los apóstoles y discípulos, se les apareció por la última vez. Comenzó por darles una dulce y caritativa correccion como buen padre sobre el trabajo que les habia costado al principio á la mayor parte el creer á los que le habian visto resucitado: abrióles el entendimiento que habian tenido cuasi todos hasta entonces cerrado para las verdades que les habia enseñado; les dió la inteligencia de las Escrituras, y principalmente de las que hacen relacion á los misterios de su muerte y de su resurreccion. Despues dirigiéndose singularmente á los apóstoles, les dijo que les habia elegido para dar testimonio de todas estas verdades en todas las naciones, y para predicar la penitencia y la remision de los pecados á todos los

pueblos de la tierra, comenzando por Jerusalen: que los que crevesen v recibiesen el bautismo, v llevasen una vida pura, santa v conforme á las máximas de su Evangelio, se salvarian: pero que los que no crevesen, ó que no viviesen cristianamente, serian condenados. (Marc. 17.) Y á fin de que vosotros podais trabajar con mas fruto en la conversion de los infieles, añadió, os daré poder para hacer milagros, para arrojar los demonios en mi nombre, para hablar nuevas lenguas; no tendreis que temer la mordedura de la serpiente, ni cosa alguna de cuanto hay venenoso. En fin, despues de haberles prometido que les enviaria el Espiritu Santo, les recomendó que pasasen algun tiempo en Jerusalen entregados al retiro y á la oracion, y que no se moviesen de alli hasta que hubiesen sido revestidos de una fortaleza superior que vendria de lo alto. Concluido todo esto, dijo á todos que fuesen con él al monte de los Olivos. Habiendo llegado allá, levantó las manos, y les dió á todos su bendicion Adoráronle todos postrados en tierra, mientras que viéndolo ellos se elevaba poco á poco al cielo, hasta que por fin le perdieron de vista. (Luc. 24.) Entonces fué cuando el divino Salvador penetrando en un momento todos los cielos, en medio de toda la corte celestial que habia salido al encuentro de su soberano Señor, fué á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono donde reina y reinará mas allá de todos los siglos por toda la eternidad, comunicando á su sagrada humanidad toda la plenitud de su gloria.

Todos sus apóstoles y los demás discípulos que le habian visto subir al cielo por su propia virtud, penetrados de alegría, abrasados de amor, arrebatados de admiracion permanecian allí inmobles, fijos sus ojos en la nube que se lo habia quitado de la vista, cuando les aparecieron dos ángeles bajo la forma humana, vestidos de blanco, que les dijeron: Varones de Galilea, ¿ qué haceis ahi con los ojos fijos en el cieto? el Jesus que se ha levantado por el aire de en medio de vosotros al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto ir al cielo. (Act. 9.) Hablaban del gran dia del último juicio en que Jesucristo vendrá à juzgar á to-

dos los hombres.

La santísima Vírgen que habia asistido á la gloriosa Ascension de su divino Hijo al cielo, se volvió con toda aquella santa compañía á Jerusalen, en donde, segun el órden de Jesucristo, pasaron todo el tiempo en retiro y oraciones, hasta que fueron revestidos de la fuerza que debia venir de lo alto; esto es, hasta la descension del Espíritu Santo que sucedió diez dias despues, en el santo dia de Pentecostes.